

Comparativa de dimensiones distintas que, de manera harto torpe en sus principios, puede alcanzar en sus versaciones un chupaplumas

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar



Le dije que exageraba.
Que yo nunca...
Pero eso tú, María
Eulalia, seguro que ya lo
sabes.

Me había pedido años atrás y al cabo de unos cuantos sin vernos que le hiciese un favor de suma importancia para él, y ahora — quiero en realidad decir entonces, cuando nos encontramos y estuvimos hablando del asunto —, una vez hecho el favor, me reprochaba no sé qué deslealtades y me culpaba de haber traicionado nuestra amistad.

Pero, María Eulalia, también eso seguramente tú lo sabes.

Entonces fue cuando le respondí...

Pero para qué María Eulalia, aburrirte repitiendo una vez más tantas cosas que con seguridad tú ya sabes...

Están, además, llamando a la puerta, de modo que viéndome apremiado por la contingencia que los de aquí llamamos tiempo estimo razonable el aplazar para otro momento el proseguir no contándote, de manera sucinta porque eso, insisto, María Eulalia, ya lo sabes, qué sucedió y cómo en mi verdad fueron las cosas sino, largo y tendido y exclusivamente con ánimo de no aburrirte, por qué omito tanta reiteración innecesaria y paso, es decir “pasaré” cuando regrese de la puerta, directamente a la [página 24](#), que es la primera de todas cuantas en esta magna historia van escritas que contiene algo nuevo y continente de lo que pretende, de manera harto torpe en sus principios, alcanzar una dimensión distinta.

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar



Le dije que exageraba. Que yo nunca...
Me había pedido años atrás y al cabo de unos cuantos sin vernos que le hiciese un favor de suma importancia para él, y ahora — quiero en realidad decir entonces, cuando nos encontramos y estuvimos hablando del asunto —, una vez hecho el favor, me reprochaba no sé qué deslealtades y me culpaba de haber traicionado nuestra amistad.

Entonces fue cuando le respondí exageras, y él con muy malos modos replicó no exagero en absoluto.

— Claro que sí. Lo que pasa es que cada cual recuerda las cosas como le conviene.

— ¿Me conviene; me reporta algún tipo de felicidad o beneficio el recordarlas como fueron?

— ¿Cómo fueron?

— Lo sabes perfectamente.

— Eso es verdad; con tanta claridad que te cuento si quieres, punto por punto y palabra por palabra, qué pasó y de qué hablamos.

Y como se quedó callado mirando el cenicero con gesto hosco, di por hecho que asentía y empecé a hablar, desde el principio; desde el principio aunque — entendiendo que había supuesto igual que yo que, no teniendo ya temas comunes de que hablar después de tanto tiempo, nos limitaríamos a cruzar algunas frases huecas en aquella acera abarrotada de la Carrera de San Jerónimo y seguir cada cual nuestro camino — me salté el saludo y un par de trivialidades referentes al tiempo, por cierto, muy lluvioso.

— Tampoco te contaré — dije —, puesto que tú mismo podrás recordar un cenicero lleno y dos paquetes de tabaco vacíos iguales que estos —, que nos habíamos equivocado los dos.

Omití asimismo que al cabo de un rato recibiendo empujones de los que caminando con prisas y paraguas